



La ira de la carnicera — lo aclararé yo misma antes de que se me cuele Mauricia Rebolledo, la del quinto D, que anda desesperada por meter baza — se desataba no porque no le comprásemos, porque sabía muy bien que yo estaba mediopensionista en el colegio y mi padre tomaba el menú del día en la cafetería de al lado de su oficina y, los fines de semana, nos íbamos los dos a comer en casa de su madrastra, Marcela —a la que yo llamaba siempre, cuando el escenario de nuestros juegos se trasladaba allí, a su buhardilla, abuela Palmira— sino porque encontraba de pésimo gusto la profesión tan cruel que por qué “justo a mí” había tenido que caerle en desgracia cuando “todo el mundo sabe (y era verdad) que soy una amante de los animales” pero también todo bicho viviente estaba al cabo de la calle de que en el barrio no había más de media docena de vegetarianos “así que, mona”, le había dicho Genoveva, “la carnicería es imprescindible y está rifada; si a ti no te acomoda, tú verás” y, por eso, estaba muy irascible y protestaba por todo cuando, todos, absolutamente todos menos doña Escolástica que no quiso brindar pero por motivos personales, habíamos celebrado y recibido sin rechistar ni una mala cara (hasta doña Loreto sonrió porque, siendo el primer encuentro, qué podía prever nadie) a su Jacinto, el marido de la prima Juliana tan latoso y tan viejo y tan calvo y que a ella, tan delicada y frágil, no le conjuntaba lo que se dice nada nada y hasta tal extremo que incluso Quiteria llegó a preguntar alguna vez — aunque si íbamos muy retrasados doña Bernardina, que se tomaba muy en serio eso de ser la cabeza de una familia en la que con el padre era evidente que no se podía contar, ordenaba en seguida que la hicieran callar y se la llevaran arriba — que de quién había partido la idea tan peregrina de enjaretar aquella boda.